

EMILIO KOURÍ, *Un pueblo dividido. Comercio, propiedad y comunidad en Papantla, México*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 2013, 454 pp. ISBN 978-607-16-1359-2

Durante gran parte del siglo xx, tanto la revolución mexicana de 1910 como la reforma agraria posrevolucionaria se explicaron a la luz de una interpretación lineal de la historia, que evidentemente tuvo su origen en el libro *Los grandes problemas nacionales* de Andrés Molina Enríquez y que luego fue reproducida por historiadores nacionales y extranjeros. El origen y esclarecimiento de ambos acontecimientos se ubicaron a partir de la promulgación de la ley general de desamortización, mejor conocida como Ley Lerdo, de 25 de junio de 1856, que a nivel jurídico cambió el sistema de propiedad corporativo de antiguo régimen por una propiedad individual plena. Según la historiografía tradicional, esta medida legislativa provocó la pérdida masiva y la usurpación de las tierras comunales de los pueblos, el crecimiento desmedido de haciendas, la pauperización y explotación de la mano de obra campesina y, finalmente, la inconformidad de las clases populares para recuperar sus tierras, lo que generó el estallido de una revolución de tinte agrario y en consecuencia la devolución de las propiedades usurpadas a los pueblos y campesinos por medio de la dotación de ejidos y restitución de tierras comunales, que primero se pronunciaron en la ley agraria del 6 de enero de 1915 y luego se plasmaron en el artículo 27 de la Constitución de 1917. Estas premisas justificaron el reparto agrario, simulaban la justicia social y, sobre todo, legitimaron al Estado mexicano.

Aunque desde la década de 1970 la corriente revisionista cuestionó la visión oficial de la historia patria y empezó a desmitificar el contenido agrario de la revolución mexicana, pocos libros han centrado su atención en la escala regional para entender las adaptaciones y reacciones activas y pasivas de los pueblos rurales ante las

políticas económicas liberales. En este contexto, uno de los estudios mejor acabados, que no sólo cuestionaron esta visión lineal de la historia sino también explicaron de manera crítica y novedosa, el impacto del liberalismo y la introducción del sistema capitalista en una región específica del México porfiriano, fue el libro de Emilio Kourí, que apareció primero en inglés en 2004 y que ahora publican en español el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, para consagrarse como una investigación de gran alcance en la historiografía regional mexicana de fines del siglo XIX.

Sin duda, la mayoría de los lectores conocen el aroma y el exquisito sabor de la vainilla. Pero pocos saben la historia olvidada de esta planta, su origen mesoamericano, formas de cultivo, desarrollo y el apogeo de una vaina que fue sumamente codiciada, primero en el mercado europeo y luego en el anglosajón. Menos sabemos de los efectos que provocó la comercialización de la vainilla a gran escala: generó cambios en la estructura de la tenencia de la tierra comunal, despertó intrigas, ambiciones y competencias por la propiedad privada, trajo múltiples disputas entre totónacos, mestizos y terratenientes por el control de la producción y el comercio. Asimismo, provocó hurtos, rebeliones y asesinatos, pero también acrecentó la fortuna de unos cuantos y fomentó las desigualdades sociales. Al mismo tiempo llevó la modernización y el desarrollo a una región veracruzana, al conectarla directamente con el mercado internacional. En suma, el negocio de la vainilla en el siglo XIX modificó el uso del suelo, las relaciones sociales y comerciales en la región de Papantla, mucho más que la propia revolución mexicana de 1910. De ello trata con lujo de detalles el libro de Kourí, *Un pueblo dividido*.

El autor escribe una historia compleja y concreta al mismo tiempo; compleja porque, remontándose siglos, entrelaza los aspectos económicos locales e internacionales para explicar las transformaciones de la región de Papantla en el siglo XIX; concreta porque a partir de la producción y comercialización de la vainilla

y su relación con la tenencia de la tierra teje una historia social sustentada en numerosas fuentes primarias y secundarias. Su enfoque va de lo macro a lo micro y viceversa, pues para construir este tapete histórico entreteje de forma fina hilos locales, nacionales e internacionales de diversas tonalidades. Hilos que llegan no sólo a los pueblos de regiones cercanas y al puerto de Veracruz y la ciudad de México, sino hasta Europa, la isla de la Reunión en África y Estados Unidos, y que finalmente regresan encadenados a la producción de la vainilla en Papantla.

De la misma forma, su perspectiva teórica se entreteje entre economía y sociedad, pues para explicar los cambios no sólo en la producción de la vainilla sino las transformaciones sociales, se sustenta en un cúmulo de censos, cifras estadísticas y mapas de la época. Por si fuera poco, considera las oscilaciones de la economía mundial, de tal modo que la producción y venta de la vainilla se representa en gráficas que son analizadas y cuestionadas de manera crítica para explicarlas en el concierto regional y nacional. Pero esta narración también se tiñe con colorantes de la historia política y hasta con destellos de la historia cultural, pues Kourí se preocupa por percibir las mentalidades de indígenas totonacos y comerciantes criollos en torno a la vainilla. Mientras los primeros sólo se dedicaron al cultivo tradicional y poco se interesaron en acrecentar sus negocios, pues para ellos la venta de la vainilla verde les generaba buena cantidad de dinero, que les servía para pagar sus fiestas y funerales, los colonos de Jicaltepec y Gutiérrez Zamora se ocuparon del beneficio y la comercialización porque tenían otros antecedentes, expectativas diferentes y una manera distinta de entender los negocios y la prosperidad personal (p. 158).

A partir de fuentes locales y numerosos archivos nacionales y extranjeros, así como ricos datos hemerográficos y una extensa bibliografía secundaria, el autor sustenta una interpretación más complicada, pero al mismo tiempo más iluminada de la historia de los pueblos que no sólo fueron afectados por el proceso de

desamortización de sus tierras comunales sino por otros factores internos y externos, como la llegada de colonos, el arribo de vías de comunicación y la penetración de otras actividades económicas como la ganadería, el tabaco y el café, y sobre todo por el crecimiento del mercado internacional.

Aunque el libro tiene por objeto analizar las causas que acabaron con el régimen de propiedad comunal en Papantla, entre 1870 y 1900, cuando la producción de la vainilla se convirtió en un negocio, Kourí concibe que la historia de los pueblos en el México decimonónico sólo puede explicarse por sus antecedentes históricos, su situación geográfica, sus recursos naturales, el tipo de población, el crecimiento del mercado, la existencia de haciendas, las relaciones sociales y productivas, etc. En este sentido, el primer capítulo del libro explica de manera detallada desde el origen silvestre, el cultivo y beneficio de la vainilla *planifolia* por manos totonacas, hasta su polinización artificial y reproducción y comercialización por comerciantes españoles e italianos, e incluso de otras partes del mundo, como la isla francesa de la Reunión, en África, que desplazó a la vainilla mexicana del mercado europeo.

En fin, Kourí tiene una perspectiva multidisciplinaria que va más allá de la historia para entender la trascendencia de la vainilla en el mercado, y no solo examina sus características botánicas, su producción y reproducción, sino incluso, en el capítulo 2, describe las condiciones climatológicas, la geografía y vegetación de la cuenca del río Tecolutla, que permitieron el cultivo de la vainilla a gran escala. “En Papantla, la temperatura y la precipitación pluvial moldearon la naturaleza de la agricultura y por tanto también de la cultura humana” (p. 71).

Los primeros tres capítulos son básicos para entender las características de la sociedad, la economía y la demografía. Queda claro que entre 1760 y 1830 el principal centro productor fue Misantla, y aunque su producción era reducida y de poca monta, tenía un valor cinco veces mayor que la grana y nueve veces superior al

índigo de Guatemala (p. 134). De 1830 a 1870, Papantla se convierte en la capital de la vainilla y Francia en su principal destino. Llama la atención que no sólo fue cultivada por totonacos, sino hasta por una colonia francesa que se estableció en las riberas del río Nautla en 1833. Los colonos franceses cultivaron, beneficiaron y exportaron su propia vainilla. En estas décadas aumentó el número de comerciantes y de transacciones, pero aun así, los medios de producción estuvieron bajo el control de los totonacos, y aunque “nunca fue un negocio justo para los cultivadores, siempre fue un buen negocio” (p. 157). Hubo pueblos prósperos e independientes, con acceso a tierras y aguas, con por lo menos dos cosechas de maíz al año que complementaban su economía con la venta de chile, cera, tabaco, madera, fibra y pimienta. En este ambiente, Kourí distingue las divisiones internas de las comunidades indígenas (p. 114), es decir, se aleja de aquella imagen idílica de comunidades igualitarias y democráticas. Por ejemplo, en la guerra de independencia hubo un pueblo dividido, unos apoyaron la causa insurgente y otros la realista (p. 117). Las mismas divisiones se presentaron a fines del siglo XIX, cuando se establecieron los condueñazgos y luego se individualizaron.

Antes de 1870, Papantla era un lugar relativamente marginado, con un comercio limitado; su población era predominantemente indígena (90%), había escasa competencia por la tierra y por lo tanto no existían haciendas, solo había unos cuantos españoles y criollos que no poseían fortunas considerables. Pero a partir de 1870 se gestó una transformación socioeconómica y de la propiedad motivada por el cultivo de la vainilla. Surgieron acaparadores, intermediarios e inversionistas locales que mejoraron la calidad y exportaron el producto a Europa y Estados Unidos; tan es así que en 1880 Tuxpan había sustituido a Veracruz como el puerto que exportaba la vainilla al coloso del norte (p. 58).

En los últimos tres capítulos, Kourí analiza los factores sociales, políticos y económicos que transformaron el régimen de pro-

piedad comunal y provocaron desajustes y agitación social en Papantla, y para ello identifica tres periodos: 1870-1879, la formación del condueñazgo; 1880-1890, la subdivisión de la tierra y las rebeliones, y 1891-1898, nuevo régimen de la propiedad de la tierra. Para el autor, más que la legislación, lo que aceleró la privatización de los terrenos comunales fueron los intereses de los comerciantes locales motivados por el mercado internacional de la vainilla.

No obstante, en el primer periodo de este proceso, la Junta de indígenas tomó la batuta en la división de los lotes y la formación de condueñazgos, lo que generó conflictos entre el ayuntamiento y comerciantes que querían participar en el reparto y administración de algunos lotes. En 1878 había 25 condueñazgos con 4 370 condueños certificados, que recibieron la posesión formal de sus lotes, pero a cambio, los indígenas tendrían que pagar los gravámenes correspondientes. Kourí describe la organización y el funcionamiento de los condueñazgos y cuestiona la imagen idílica de un refugio de cohesión de la comunidad para proteger y conservar su organización tradicional corporativa (p. 244). Señala la lucha y la división dentro de estas asociaciones, ya fueran intraétnicas o interétnicas con problemas y conflictos que socavaron la vida comunal y transformaron las relaciones sociales.

Los condueñazgos fueron instituciones maleables y manipulables, ya que varios de los líderes indígenas o mestizos se vieron envueltos en actos de corrupción; en las sociedades se constituyeron grupos antagónicos cuando las nuevas generaciones fueron excluidas de los repartos y las herencias. Mientras eso sucedía, los colonos extranjeros y los empresarios locales iban comprando acciones sobre las antiguas tierras comunales, lo que constituyó otro ingrediente en los conflictos internos. Esto generó la consolidación de los terratenientes y al mismo tiempo creó desigualdades, descontento y oposición activa que llevaron a levantamientos

y rebeliones en Papantla en las décadas de 1880 y 1890. En consecuencia hubo pleitos, represiones y asesinatos.

El capítulo sexto describe de manera casi novelesca las relaciones y alianzas de los caciques y caudillos locales con poderosos comerciantes, presidentes municipales, jueces, jefes políticos, gobernadores de Veracruz y hasta el propio presidente de la república. En este juego del ajedrez político regional se vislumbran con lujo de detalles los acuerdos y conflictos entre los grupos de poder local que se disputaban el control del ayuntamiento, la producción de la vainilla y el reparto de las tierras de los condueñazgos, lo que generó más divisiones, intrigas, encarcelamientos, traiciones, pactos y rebeliones entre comerciantes o entre grupos leales, ya fueran indígenas o mestizos, que primero apoyaban ciertas causas y poco después se convertían en disidentes y se unían a los rivales; eso sucedía una y otra vez según sus conveniencias.

Pero para el mismo autor, el negocio de la vainilla no refleja toda la historia de la transformación social y económica de Papantla. El aumento de la población, el incremento de la ganadería, la tala de árboles, la producción de alcohol de caña, tabaco, chile y café, fueron otros componentes que ejercieron presión sobre los derechos del uso de la tierra, que se convirtieron en un objeto de codicia y conflictos. Los impuestos prediales y otros artículos como el tabaco y el café despertaron más inconformidades entre los afectados o excluidos. En este proceso, más de la mitad de las familias totonacas habían quedado sin tierras y, en palabras de Kourí:

Cuando comenzó el siglo xx la desgarradora reordenación de las relaciones de propiedad rural de Papantla ya estaba esencialmente terminada. Donde antaño habían predominado los labriegos independientes, había echado raíces una jerarquía social formada por cuatro clases: un compacto grupo de latifundistas, tanto caciques totonacos como

comerciantes euro-mexicanos con extensas propiedades pero que no residían en sus tierras; los clanes de rancheros que regían en cada una de las congregaciones; una poderosa clase de agricultores dueños de su tierra; y, en fin un abultado estrato de arrendatarios, jornaleros y peones de rancho (p. 393).

En suma, el deslinde y fraccionamiento de las tierras comunales de Papantla, lo mismo que en otras regiones del país, no fue un proceso homogéneo, menos coherente y tampoco equitativo; por el contrario, las acciones para llevarlas a cabo fueron complejas y contradictorias, ya que estuvieron marcadas por las coyunturas políticas y los intereses particulares del gobierno federal, el gobernador en turno, las relaciones del jefe político, las presiones del presidente municipal y las argucias de líderes locales que a veces aceleraron la privatización y en otras circunstancias las retrasaron o llevaron a la resistencia de los actores sociales afectados.

Finalmente, el libro de Emilio Kourí, por su rigurosidad teórica y una metodología impecable, es la mejor muestra de cómo se debe abordar y escribir una historia regional compleja, porque está sustentada en una riqueza de fuentes primarias y sutilmente entretejida con hilos locales, nacionales y mundiales de distintos matices que explican de forma crítica los cambios y transformaciones no sólo de la tenencia de la tierra sino de la sociedad de Papantla a fines del siglo XIX.

J. Édgar Mendoza García

*Centro de Investigaciones*

*y Estudios Superiores en Antropología Social*